





Paisaje ritual y conocimientos indígenas de la Huasteca

Yuyultzin Pérez Apango

A Johanna Broda, sabia precursora de los paisajes rituales

Cuando era niña me causaba mucha curiosidad ver los cerros que rodeaban mi pueblo (Sierra de Otontepec), siempre imaginaba qué cosas habría: ¿loros? ¿monos arañas? ¿víboras? ¿tigres? Siempre que lo pensaba me daban ganas de conocer y a la vez, me daba un poco de miedo por los enigmas que esos cerros resguardan. Bueno, en ese tiempo no lo creía así, solo pensaba que me daba miedo encontrarme un tigre en medio del monte donde no hay personas. Me llamaba también la atención una historia que oí muchas veces: la historia del gallo y la campana, donde la campana sonaba el 24 de junio, el día de la Fiesta de San Juan Bautista.

Otra cosa que me llamaba la atención era que cuando iba al arroyo, solía haber cruces, flores, veladoras o comida en algunos sitios; o que la tía Mago dijera que, antes de meternos al agua, teníamos que pedir permiso a las *¿tepas*? Siempre que lo decía le preguntaba ¿qué son esas tepas? Ella respondía que son unas señoras que están ahí cuidando el agua. Yo me imaginaba unas señoras de pelo y faldas largos ahí nadando conmigo.

Rememorar esos pensamientos me hace pensar en cómo desde nuestras historias personales vamos conectando con aspectos que más tarde intentamos darle sentido a través de su estudio y conceptualización. Traigo esto a colación porque a partir de ahí comenzó mi historia por descifrar los caminos del paisaje ritual, del que explicaré.

Seguramente si vives en algún sitio rural de México o el mundo, podrás ver que aun en la actualidad hay sitios que se resguardan y se cuidan por lo que hay ahí (ya sea agua, vegetación o algún otro recurso natural); por algún significado simbólico que tiene que ver con el resguardo de una entidad sagrada o protectora de algún recurso; o por ambas, es decir, porque hay en este espacio un recurso y además, se cree que vive ahí una entidad que la cuida o protege. ¿Por qué crees que pase esto?

Probablemente estas ideas nos las hayan compartido en familia, nuestros padres, tíos, abuelos o bisabuelos y vengan de las memorias familiares y orales de nuestros antepasados, quienes solían tener respuestas claras sobre la procedencia y el cuidado de cada elemento del entorno, pues eran nociones que nos enseñaban desde la niñez y que se interiorizaban con el aprender haciendo a través de la transmisión oral. Ese cuidado se vinculaba con una observación constante que les permitía tener un conocimiento meticuloso sobre el medio natural que les rodeaba y muchas ocasiones por esto, se ponían en pequeñas marcas simbólicas sobre las cuales se expresaba la importancia de ese sitio. De eso hablamos al referirnos al *paisaje ritual*.

Por ello, en este artículo conocerás el concepto de paisaje ritual como una herramienta para comprender cómo la cosmovisión, la memoria y la identidad de los pueblos originarios se expresan directamente en su entorno natural.

Asimismo, podrás reconocer la importancia del paisaje ritual como parte del patrimonio cultural tanto material como inmaterial, y entender cómo este enfoque ayuda a valorar y respetar nuestros espacios, pues también tienen vida y merecen ser resguardados en toda su riqueza.

¿Qué es el paisaje ritual?

Pensarás que decir que los cerros, arroyos, ríos, manantiales, cuevas, árboles muy viejos o incluso el patio de una casa son seres, resulta difícil o parece pura imaginación. Pero no es así: técnicamente tienen vida porque están formados por materia y energía. Aunque solemos verlos solo como parte del entorno natural, pocas veces los pensamos como entidades animadas; es decir, como un gran espacio habitado por diversos seres que dan vida a cada planta, animal, cerro, fuente de agua y a todo lo que existe en él.

En las culturas originarias de México, así como en otros pueblos del mundo, se acude a estos espacios para convivir, pedir ayuda o simplemente dar gracias. ¿Por qué? Porque no son lugares comunes: son sitios donde se cree que habitan seres que los resguardan, los dueños del agua, los espíritus del cerro, las abuelas y abuelos del monte, las *tepas* ("mujer de la tierra"), *tlaltepas* (diosas, protectoras y patronas del territorio), los *tlalchaneques* (moradores o espíritus de la tierra"), entre muchos otros nombres que conocemos para referirnos a los guardianes del mundo natural.

A estos lugares suele ir la gente a poner alguna ofrenda o comida, flores, velas, agua, juguetes, dulces, entre otros elementos que puedan ser de su agrado.

Además, se va a platicar con ellos o ellas, a suplicarles, cantarles, bailarles o rezarles.

A esto se refieren algunas autoras como la historiadora y etnóloga Johanna Broda cuando explica que, entre los antiguos mexicanos, el uso del paisaje ha sido fundamental para entender las cosmovisiones de los pueblos indígenas de México y que el ritual cobra relevancia para reconocer ciertos sitios como elementales en el entorno, a su vez, esto implica una memoria histórica y una apropiación del territorio a través del hacer continuo; asimismo, la identificación con el espacio genera un sentido de identidad, incluso ayudan a la preservación de las áreas naturales.

Broda explica que el culto a los cerros en Mesoamérica mantiene una serie de relaciones entre el poder, las condiciones naturales del medioambiente y la cosmovisión.

En uno de sus primeros estudios de las fuentes de Fray Bernardino de Sahagún y Diego Durán, se concentra en las referencias constantes en torno al culto a los cerros entre las poblaciones descritas por los cronistas (Broda, 1971). Ahí enfatiza las ceremonias propiciatorias como elemento condensador de la ritualidad mexica. Además, destaca el papel agrícola de las sociedades del México prehispánico y, para sostener su planteamiento, se centra en la relación entre el ritual, la mitología y la estructura social, elementos que han sido fundamentales a lo largo de su obra.

Desde esta perspectiva, el paisaje se concibe como un contenedor simbólico en el que se condensan los principios ordenadores de la cultura, las condiciones físicas y geográficas necesarias para la vida humana, y el marco donde se desarrolla un imaginario colectivo que se expresa en la ritualidad, momento en el cual se evidencian estas cosmovisiones indígenas campesinas en tanto producto histórico. Al mismo tiempo, este carácter simbólico constituye una razón fundamental para la conservación de estos espacios naturales.

El paisaje ritual es un espacio físico intervenido por las colectividades humanas bajo la idea de que en un medio natural (cerro, arroyo, manantial, mar, etcétera) habitan entidades o seres sagrados que protegen y regulan el entorno. Esta relación exige el establecimiento de reglas y normas para su uso, fundamentadas en valores como el respeto y la reciprocidad. Además, el espacio natural contiene recursos que poseen un valor ritual y un uso cotidiano, de subsistencia y comercialización. Estos recursos sustentan el corpus de técnicas de conservación, esenciales para preservar dichos espacios.



¿Cómo podemos conocer el paisaje ritual?

En la Huasteca Veracruzana —desde el río Cazones hasta el Pánuco— los pueblos nahuas, tének, tepehuas, otomíes, totonacas y mestizos suelen realizar tradiciones rituales que han heredado de generación en generación: van al manantial para dejar ofrendas al agua, suelen subir al cerro para agradecer su trabajo, para pedir permiso para ejercer algún trabajo en particular; quienes son músicos tradicionales, dan de comer al cerro para que les permitan soñar la música; también las parteras o curanderas van a ciertos lugares para pedir fuerza y sabiduría para ayudar a los bebés o a las embarazadas.

Las siguientes figuras, sobre los sitios sagrados, son ejemplos del paisaje ritual:

1. Paisaje ritual asociado a ancestros que enseñaron alguna expresión importante

Estos sitios del paisaje ritual están vinculados con ancestros que transmitieron a los colectivos saberes significativos. En este caso, el lugar mostrado en la Figura 1 es conocido por el pueblo tének como *Kuuptalab*.

En la concepción tének, los árboles se cuidan y protegen como a una persona; por ello se les brinda el mismo trato, ofreciéndoles comida y bebida.

Este sitio es considerado el resguardo de los bastones utilizados en la danza de los *bixom nok'* (donde *bixom* significa "danza" y *nok'* "sucio" o "meco").

Esta danza se distingue por el papel que tiene el espíritu del *nok'* para alejar los malos aires que causan enfermedades o fenómenos naturales que afectan al campo. Para ello, los danzantes cubren su cuerpo con lodo y utilizan tizne para dibujar círculos o líneas, simulando portar pieles de animales. Además, emplean un bastón adornado con flores que, al finalizar la danza, depositan en este sitio, donde permanece guardado hasta el siguiente carnaval. El nuevo ciclo inicia cuando los danzantes regresan a ofrendar en este mismo lugar para pedir nuevamente permiso.

2. Paisaje ritual asociados a algún recurso natural

Los sitios del paisaje tienen una característica clave: la mayoría están asociados a los recursos naturales. Uno de los más comunes, el agua. Por eso, curiosamente, muchos lugares considerados sagrados son fuentes de agua. Tal es el caso de la Figura 2. El baño de los santos que se realiza en las comunidades nahuas de la Sierra de Otontepec, en la Huasteca Veracruzana. Este se realiza en manantiales o arroyos donde se cree que habitan entidades como la *Xinola* o *Axinola*, la sirena, o las *altepas*, cuidadoras del agua. Otro punto relevante es que aquí estos seres conviven con los santos y vírgenes del catolicismo, como San Juan Bautista, La Virgen María, San Miguel Arcángel, entre otros.

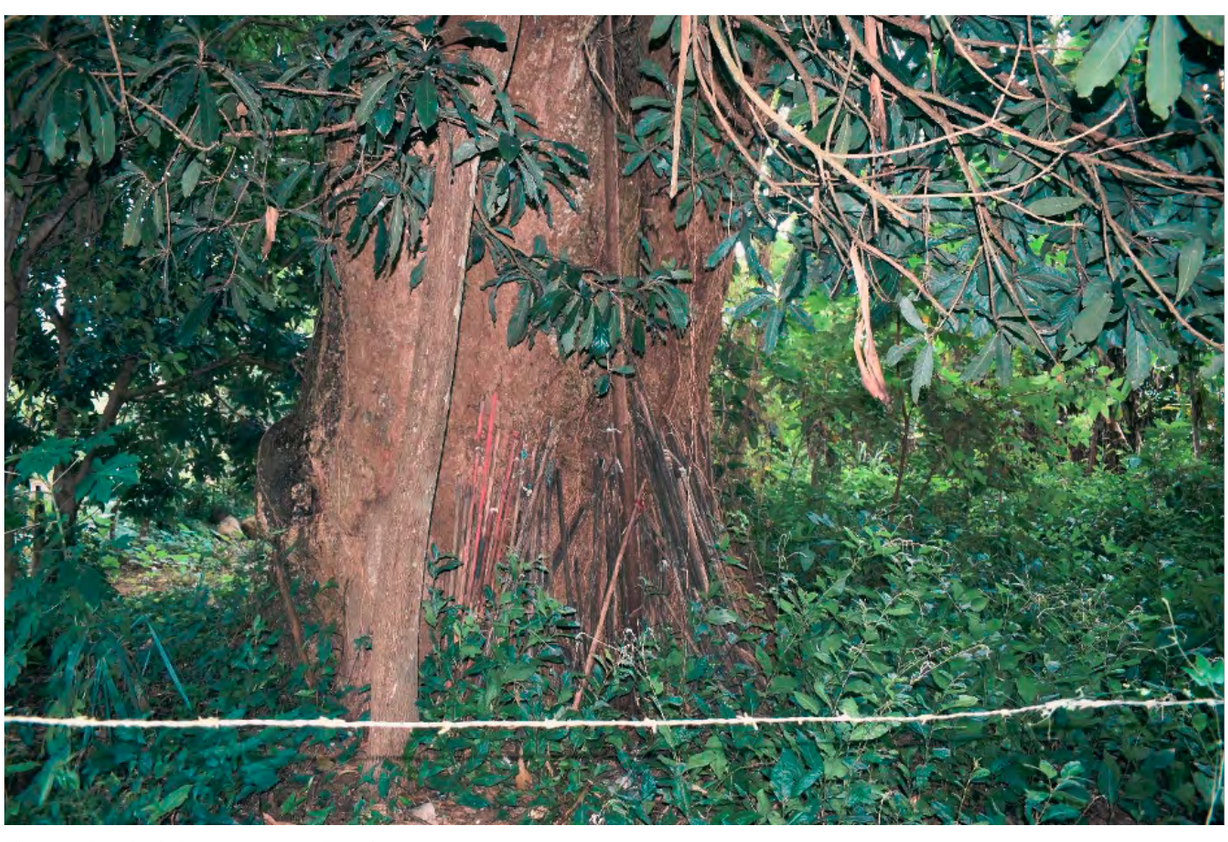


Figura 1. Paraje de los mecos. San Francisco, Chontla, Veracruz. Autoría propia, 2021.

La idea del baño a los santos es un ritual de purificación y renovación que forma parte de diversas tradiciones religiosas y comunitarias en México y América Latina.

Se utiliza para ello, agua limpia recién traída del manantial o arroyo que se purifica con copal. Además, el baño marca el inicio de un nuevo ciclo festivo, agrícola y ritual, en el caso de la celebración mencionada es el baño a San Juan, que en la tradición local de la zona otontepecana, marca el inicio de la siembra de *xopanmili*, milpa de temporal y, por lo tanto, de una de las celebraciones más grandes de la región: Día de muertos, que concuerda con las cosechas de maíz empleadas para las ofrendas dedicadas a los difuntos y a la tierra.

Es importante mencionar que, los santos también se relacionan con algunos recursos naturales; en particular, San Juan Bautista tiene mucha vinculación con la importancia de las lluvias, por eso se cree que bañarlo ayudará para propiciar mejores precipitaciones. El agua usada para el baño del santo se emplea con fines medicinales.

3. Paisaje ritual donde se realizan ofrendas que se asocian con múltiples elementos naturales y sobrenaturales para el equilibrio del mundo

Además de las fuentes de agua, los cerros también son considerados como tales, pues se piensa que en su interior se resguarda el agua.

El cerro es el sitio que representa un punto de conexión entre diversos planos: el cielo, la tierra y, en muchos casos, el inframundo, así como portales simbólicos hacia lo divino o hacia formas superiores de sabiduría trascendental.

En el caso de las comunidades nahuas de la zona de Chicontepec y Benito Juárez, en la zona Sur de la Huasteca Veracruzana, se realizan las ofrendas en los cerros como parte de una ofrenda mayor llamada *tlatlacualtia*. Para ello, se dispone todo en los *chiquihuites*, una especie de canastas grandes. Ahí se transporta la comida y la bebida que consiste en grandes cantidades de refrescos en botellas de plástico, cervezas en botellas de vidrio y de lata, así como aguardiente. Al llegar, comienzan a disponer todo otra vez para las ofrendas.

Realizan algunos recortes y otros ya los llevan preparados. Aquí continúan las limpias, pero ahora con velas y monedas que pasan por todo el cuerpo, e incluso por objetos personales como ropa y fotos impresas y desde el celular de quienes no están presentes físicamente. Ello porque explican que los objetos con los que estamos en contacto poseen algo de nuestra esencia. A la par, se disponen las ofrendas en los altares preparados para ello, rezan y ofrecen los alimentos. Sahúman con copal y al finalizar, antes de bajar, la ofrenda se come ahí: se come con los dioses que habitan ahí.



Figura 2. El baño de los santos. San Juan Otontepec, Chontla, Veracruz. Autoría propia, 2022.

¿Por qué y para qué es importante el paisaje ritual?

En los últimos años, la crisis climática ha provocado transformaciones profundas en la Huasteca, así como en otros lugares del México rural y campesino. Desde las sequías prolongadas, la desaparición de fuentes de agua, las lluvias torrenciales fuera de temporada, la erosión de suelos y deforestación, y los cambios abruptos en las floraciones y ciclos agrícolas, solo por mencionar algunos, las actividades rituales han tenido, por añadidura, cambios sustanciales ¿qué perdemos con ello? La alteración del paisaje natural implica también una transformación profunda del paisaje ritual, puesto que,

cuando desaparecen los lugares donde antes se pedía lluvia o se ofrendaba, también se pierde parte de la memoria histórica y comunitaria que refuerza nuestro sentido de identidad como habitantes de un territorio.

También consideremos que, asociados a estos espacios, además se encuentra la biodiversidad local, los conocimientos tradicionales, modelos sustentables de conservación del espacio y toda una organización social y comunitaria que, de desaparecer estos sitios, también se va menguando.

Todo va en conjunto e hilado: si protegemos los paisajes naturales, evitamos añadir un gramo más al ecocidio del planeta y, además, mantenemos viva la memoria histórica y cosmovisiones a través de los rituales no por un hecho folclórico, sino, más bien para garantizar la reproducción del conocimiento indígena y campesino de los pueblos originarios que habitan la Huasteca.

El paisaje ritual nos recuerda que la naturaleza está viva y merece que la respetemos, que mantengamos relaciones de cuidado y reciprocidad con ella. Por eso, en un mundo en crisis como el que vivimos actualmente, creer y practicar estos conocimientos nos convierten en seres humanos sensibles y amorosos por nuestro entorno y nuestros iguales.

Lecturas recomendadas

Broda, J. (1971). Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia. *Revista Española de Antropología Americana*, *6*, 245–327.

———. (1982). El culto mexica de los cerros y el agua. *Multidisciplina*, *3*(7), 45–56.

———. (1991). Cosmovisión y observación de la naturaleza: El ejemplo del culto de los cerros. En S. Iwaniszewski & L. Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica* (pp. 461-500). UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

———. (2013). *Convocar a los dioses: Ofrendas mesoamericanas. Estudios antropológicos, históricos y comparativos*. IVEC.

———. (2020). Los paisajes rituales de las comunidades mesoamericanas y sus procesos históricos de transformación ritual. *Mirada Antropológica*, *15*(18), 9-26.



Figura 3. Altar a las deidades en el cerro. Atlalco, Benito Juárez, Veracruz. Autoría propia, 2022.